

EL CASTELLANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Año I.

TENDILLAS, 21

TOLEDO 30 DE ABRIL DE 1904

SUSCRIPCIÓN

Trimestre. 075 Años. 275 Núm. 14.

Número suelto, 5 céntimos.

PAGO ADELANTADO

A LOS OBREROS

Con un obrero que me lea tengo bastante; el vera que le digo la verdad y se encargará de hacer que me lean sus compañeros más tarde ó más temprano. Te engañan, pobre obrero, te extravían, te pierden los que te lucen sonar deliciosas misiones conquistadas por la fuerza, nos de oro alcanzados con la piqueta demolidora de las revoluciones y paraísos de felicidad inagotable allanados por la violencia. Tienen tu oído acostumbrado al constante balago y a las adulationes, y no te dejan meditar sobre lo que te conviene. Te hablo con sinceridad; si to que voy a decirte no apareciera a mi razón como verdadero, cien veces rompería la pluma y guardarla el mas completo silencio; y aunque apareciera verdadero, si no lo creyera de gran provecho para tí y para tus iguales, también callaría porque no me agrada disipar el tiempo en lo inútil, ni menos que en ello te gasten por mí mis semejante.

En el artículo anterior *Obreros, andad despacio*, te decía que antes de agruparte a cualquiera sociedad, era en tí obligatorio ver despacio con que personas te asociabas, los fines de la asociación y los medios empleados para lograr esos fines; y quedabamos en que *úbe huierse de los malcados y de las sociedades peligrosas y aun de las buenas que no reparan en medios, aun siendo ilícitos, con tal de lograr sus planes*. En esto has podido convencerte de que mi pluma no se alimenta de la mentira, y te convencerás más cada día según me vayas leyendo. Hoy hablaremos del siguiente asunto:

¿Qué gana el obrero con emplear la violencia por lograr lo que desea? Se dice a los obreros que la violencia es su recurso, porque en ella nada tienen que perder y mucho que ganar, y yo digo lo contrario. Los obreros que empleen la violencia lo irán perdiendo todo y no podrán ganar nada estable y de provecho, porque la violencia es como el huracán, que a quien más daña es al que menos tiene. ¿Urees que esto es una paradoja? ¡Hiena despacio y conocerás que es así. El huracán que derriba el palacio del magnate y arrastra la choza de los pastores ¿a quien más perjudica sino a los últimos que se quedan desamparados al raso? El magnate quedará sin palacio, pero no sin dinero ó sin amistades que le presten albergue.

El huracán que voltea y destroza árboles, plantas y ganados ¿a quien hiera con mas fuerza, al jornalero que los cultiva ó al apacienta ó al dueño y señor de ellos? Esto es lo mismo que preguntar quien sufre más cuando encarecen los alimentos, y es indudable que son los que menos tienen: el rico que pierde un pan, aún tiene para una libreta; pero el pobre que pierde un céntimo, es forzoso que quede en ayunas.

Pues eso y no otra cosa ocurre con la violencia, que daña siempre más al más necesitado, aun siendo él mismo el que la ejecuta. Recorre este cuadro que te presento y me darás la razón (1). «Cuando las contribuciones son desproporcionadas ¿a quien abruman principalmente? A los pobres.—Cuando el Hospital carece de recursos ¿quiénes sufren en él además de la enfermedad las consecuencias de la penuria? Los pobres.—Cuando no prospera la agricultura, ni la industria, ni el comercio ¿quiénes sufren el hambre y emigran a lejanos y mortíferos climas de donde no vuelven? Los pobres.—Cuando no se paga a los maestros y no se enseña ¿sobre quien recaen de una manera más fatal las consecuencias de la ignorancia? Sobre los pobres.—Cuando se enciende la guerra ¿qué sangre se vierte más principalmente en ella? La sangre de los pobres.

Pues ahora deben saber los obreros que la violencia es la que ocasiona todas esas desgracias y contratiempos, y que, por tanto, deben ser los primeros interesados en respetar los ajenos derechos. ¿Cuáles son los resultados inmediatos de esa violencia general que

se pregona por hombres de mala fe ó ignorantes, que ó esperan su ganancia de río revuelto ó sueñan con los tesoros de Creso trastornando las ideas? Ahí tenéis la lucha social; ya suena el estruendo de los cañones; se aspira el humo de la pólvora; las plazas y las calles son ríos de sangre humana, y muchos palacios se derrumban, y convertidos en cenizas ocultan entre ellas á cientos las cabezas cortadas por el hacha, como se ocultan los cadáveres en el cementerio. La revolución ha vencido. ¿Es revolución de selva ó es revolución de progreso? ¿Es revolución de progreso? Pues seguid leyendo.

«Para reparar caminos, puentes, telégrafos, edificios públicos, sanear poblaciones, etcétera, hay que aumentar el presupuesto de gastos y gravar las contribuciones. ¿Quién hemos dicho que padece con esos aumentos? Los pobres.

«En la lucha han muerto muchos combatientes y hay que aumentar el Ejército porque los que tronaban contra los soldados y las quintas quieren quintas y soldados por haber tomado miedo al robo, al incendio, al asesinato, á la violencia, en una palabra al reinado de la demagogía. ¿Quiénes serán los primeros llamados á las filas? Los pobres.

«La destrucción de los caminos dificulta los transportes, los artículos suben y hay que pagarlos más caros. ¿Quién sufre más en relación a la carestía? Los pobres.

«Los ricos que quedaron con vida huyen á países tranquilos; los que se han hecho ricos con la violencia ó huyen también ó esconden sus riquezas para evitar el asalto; el trabajo escasea. ¿Quién padece esta falta? Los pobres.

Todo sube de precio, las fuentes de riqueza ó se agotan ó se esconden; pocos pueden hacerse ricos, porque en el mundo no hay riquezas para tantos; muchas fueron destruidas, no pocas disipadas, algunas guardadas; cesó la agricultura, quebró el comercio; las enfermedades aumentaron. ¿En quien carga más cruelmente la catástrofe? En el pobre. Oh pobre! oh pobre! cómo no te enseñarán que sólo salva el trabajo paciente sobre el libro que ilustra y gobierna y sobre el objeto peculiar de cada una de las profesiones, de cada una de las artes, de cada uno de los oficios.

Ciencia, perseverancia, moralidad, esa es tu salvación, obrero, esa debe ser tu bandera; la violencia es tu mayor enemigo. Los que decís que amáis a los obreros ¿por qué en vez de enseñarles a respetar su dignidad, les dirigís por el atajo del delito? ¿Queréis de verdad que mejore su situación? Llenadlos la cabeza de útiles ideas, el corazón de anhelos generosos, el alma de afanes de nobleza. Lo demás es traicionarles, es venderles con el beso ponedido de la adulación por unas cuantas monedas de falsa reputación ó de comodidades robadas en que nunca se les da parte.

(Continuará.)

CARTA ABIERTA

Sr. Director de El Castellano.

Mi estimado amigo: Vista la contestación que da en *La Idea* el firmante del artículo *Curas y entierros*, contra el cual protesté por considerarlo injurioso a la clase sacerdotal, me permito rogar á Ud. haga públicas las siguientes observaciones:

1.º El Diego Alonso que suscribe el citado artículo es, según informes, un sencillo jornalero de la Fábrica de gaseosas *La Higiéncia*. Es mucho artículo para el pobrecillo, y ha debido ser tomado para testafiero. ¿Quién le lleva al Juzgado? El perdón se impone.

2.º No contesta ahora directamente a las preguntas que yo le hacía, á saber: *si yo era cristiano por el dinero, y habla manchado inmediatamente á ninguna «representación viva de ideas»* Como á estas preguntas se les huye el bulto, procede el olvido cristiano, mucho más si se tiene en cuenta que hay quienes buscan al P. Perrone para ponerlo en boca de los obreros....

De lo demás de la contestación, que es un conjunto de indigestiones teológicas, nada

debo decir, por que es de todos sabido que los talentos de relumbrón botan siempre como granizo en el cuero.

Las gracias, y sabe que manda á su afectísimo

MARIANO MORENO.

ANTICLERICALISMO

Sr. Director de El Castellano.

Muy señor mío y de toda mi consideración: En el núm. 11 del periódico de su digna dirección, correspondiente al 9 del actual, aparece inserto un artículo bajo el epígrafe *Llamada á las puertas de quien corresponda*, cuya lectura me ha proporcionado suma complacencia, porque en él se traduce un buen deseo de que se aclaren ciertos puntos de trascendencia para la salud espiritual de las almas, y especialmente para los que estamos consagrados al ministerio sacerdotal.

Manifiesta el Sr. Cura de la Nava de la Sagra, que á pesar de las instrucciones dadas por nuestro Eminentísimo Prelado en su última Carta Pastoral, de que el anticlericalismo es un pecado sumamente grave, y lleva por triste compañía la sospecha de herejía, más aún, que admitido el dictamen de un ilustre miembro del Instituto de Francia no sólo envuelve la nota herética, sino que es el resumen de las herejías; á pesar—dice—de aseveraciones tan explícitas y terminantes, su conciencia no ha podido trazarse la línea de conducta que ha de seguir en el confesionario con los anticlericales, ya sean de los que toman como táctica política el anticlericalismo, bien de los que le convierten en un arma de guerra contra el Clero.

Al exponer mi humilde opinión en asunto de esta índole, no intento, Sr. Director, que sirva de lección á nadie, y menos al Sr. Cura de la Nava de la Sagra, de probada competencia; pero la llamada á las puertas de quien corresponda ha repercutido en mi conciencia, como creo sucederá en la de todo Sacerdote, porque quien más, quien menos, ha de suponerse alguna instrucción en este asunto y animados del deseo de cumplir con acierto sus obligaciones; por esto es por lo que me atrevo á emitir mi pobre juicio, que someto al del referido Sr. Cura y al de todos los Sacerdotes que tengan á bien hacerme observaciones.

Como dice Su Eminencia Reverendísima en su Pastoral, los anticlericales «no han dado una definición clara de su naturaleza y finalidad»; pero esto no obsta para que sus obras les den á conocer, y por ellas podamos afirmar que el anticlericalismo no es otra cosa que un modo de manifestarse del liberalismo. Así como el protestantismo se ha manifestado unas veces haciendo guerra cruel al Pontificado, otras á la virginidad de la Madre de Dios y otras á la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, del propio modo el liberalismo evoluciona unas veces rebelándose contra la autoridad infalible de la Iglesia, otras contra su poder temporal, otras contra su divina jerarquía. ¿Cómo podrá dudarse de que es enemigo del Altar quien persigue al Sacerdocio y de que mina el Sacramento el enemigo del Ara? En esto no valen distinciones, que de tal manera se eslabonan los fundamentos cristianos, que la negación de uno de ellos conmueve á todos los otros. ¿Y quién mantiene enhiesta la bandera del anticlericalismo, sino el liberalismo? El árbol sostiene sus ramas.

Ahora bien: ¿Es herético el liberalismo? Desde luego no vacilo en afirmarlo, porque así lo enseña la Cátedra infalible de la Iglesia en la persona de Pío IX y León XIII. El primero lo condena de una manera explícita en la proposición LXXX del *Syllabus*, y para que no se crean exentos de esta condenación aquellos que se llaman á sí mismos liberales en política y en religión católicos, es decir, los que dan ó cooperan de algún modo á que se promulguen leyes sacrílegas, instrumentos de crucifixión del Dios tres veces Santo, que con piedad, más ó menos dudosa, reciben en su pecho, copio las palabras que el mismo

Pontífice dirige á los católicos de Nevers: «Lo que más me atemoriza no son, por cierto, esos miserables de la *Commune* de París, verdaderos demonios que ha lanzado el infierno sobre la tierra. No, no es esto lo que me espanta, sino esta desdichada política, este liberalismo católico, que es la verdadera calamidad actual. Si, pues, Su Santidad Pío IX no sólo anatematiza al liberalismo como *primum*, sino que dice, además, ser más temible que aquellos miserables de la *Commune*, á quienes apellida *demonios lanzados del infierno*, ¿puede concretarse más el espíritu de la Proposición LXXX del *Syllabus*? ¿No serán los liberales, ya radicales, ya moderados, bien se manifiesten como anticlericales, bien de otra forma, tan herejes como Lutero y Calvino?

No menos explícito que su antecesor se muestra Su Santidad León XIII al llamar á los liberales *imitadores de Lucifer*, en su luminosa Encíclica *Libertas*, de donde son estas palabras: «... Así también los sectarios del liberalismo, de quienes hablamos, pretenden que en el ejercicio de la vida ninguna potestad divina hay á qué obedecer, sino que cada uno es ley para sí, de donde nace esa moral que llaman *independiente*, que apartando á la voluntad, bajo pretexto de libertad, de la observancia de los preceptos divinos, suele conceder al hombre una licencia sin límites.» Licencia en el orden moral, nacida de la licencia del pensamiento que se rebela contra el Magisterio de la Cátedra Romana, pero licencia que se extrema atacando no sólo el Magisterio, sino su raíz fundamental, el Sacerdocio, con esa forma nueva del anticlericalismo.

Basta lo dicho para ver con claridad, que el liberalismo, en cualquiera de sus manifestaciones, es altamente opuesto á la fe católica, y por consiguiente, herético; y siendo una de sus manifestaciones más principales el anticlericalismo, *salta á los ojos que no sólo envuelve nota herética, sino que es una verdadera herejía, el resumen de las herejías más radicales contra los dogmas de nuestra Religión*, según dice nuestro Prelado, en determinado supuesto. Y no se excluye de esta regla si se toma como táctica política significándose daño para la Religión, porque nunca es lícito, para fines humanos, usar de medios que vulneren el derecho divino. Si, pues, el anticlericalismo es herejía, ¿qué más se necesita saber para norma de conducta en el confesionario?

Termino, Sr. Director, pidiéndole mil perdones por lo mucho que me he extendido en la presente carta, pero no sin recomendar con interés á los Sacerdotes la lectura de la obra *La Herejía liberal*, escrita por el sabio Penitenciario de Toledo, Dr. D. Ramiro Fernández Valbuena, en la cual se hallarán orientaciones fijas sobre asunto de tanta trascendencia como el liberalismo en todas sus fases.

Dando á Ud. las gracias más expresivas por la inserción de estas líneas, queda de usted afectísimo s. s. q. b. s. m.

EL CURA DE ALBAVILA.

LO QUE NO DEBE DECIRSE

Puesto que el modo mejor de vencer á un enemigo es toparle sin prevención y desnudo, voy á sacar á la plaza de la pública vergüenza, excusando pedantescos prefacios, á tales cuantas palabras ó locuciones que aun siendo de uso común y corriente, y por una razón, ya por otra no pueden ni deben ser admitidas como lícitas en nuestro castellano.

Lejos ¡pobre de mí! toda idea de magisterio. Mi voz, en esta ocasión, será simple eco de la de verdaderos maestros; pero como así y todo nunca lo bueno es demasiado, á continuación van tales como á la pluma se ocurren, algunas observaciones prácticas y ejemplares sobre *solecismos, galicismos, barbarismos* y demás ítems, si alguno queda, que, vicios conocidos de lenguaje, no dejan, sin embargo, con frecuencia de manchar la dicción del común de las gentes, y hasta la de gentes que están por encima de la vulgaridad.

Asunto es el aludido de condiciones tales que

(1) Ponemos comillas al principio de algunos períodos, porque su pensamiento capital no nos pertenece.